

Antología de Literatura
Contemporánea Tabasqueña

VOCES
DESDE LA CASA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Antología de Literatura
Contemporánea Tabasqueña

VOCES
DESDE LA CASA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Primera edición: 2019

© 2019, los autores por los textos

D.R. © 2019, Secretaría de Cultura de Tabasco

Calle Andrés Sánchez Magallanes #1124

Fraccionamiento Portal del Agua

Colonia Centro, Villahermosa

C.P. 86000

Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-95-3

Impreso en México - *Printed in Mexico*

VÍCTOR CONTRERAS 

Cuando la musa desmenuza tu alma

Cuando la musa desmenuza tu alma,
cuando corta los hilos de plata que guindaban de tus dedos,
cuando se lleva tus huellas entre sus cabellos
y la ves alejarse como la calma en una pesadilla
llevándose el aire,
tus fuerzas,
la razón.

Cuando la musa roba el sonido de tus palabras
y lo regala a los demonios que menos amas,
mientras continúa su camino sin darte la cara
pero, tú sabes que va riendo,
riéndose de ti,
de tus versos, de tu mirada infinitamente gris.

Y sigues sin poder decir nada
porque aún te devolviese el sonido
la motricidad de tus dedos,
la inspiración revolucionaria de tus arterias,
sientes que te ha desarmado tanto que no tendrás nada que decir.
Pero ella es tu musa,
siempre ha estado sin que lo sepas en todas tus soledades
y a veces ignoras su aliento en tu cuello,
su caricia en tu pecho,
su brío en tus manos,
y es ella,
sólo ella quien te lleva por las líneas y la tinta cuando sientes que para

este mundo
no hay nada que escribir.

El abismo en mis tobillos

Los pies descalzos en cualquier madrugada
la frialdad del piso me guía a pequeños abismos.
Hay una inercia oscura habitando mis tobillos,
los hace deambular cuando todos callan,
cuando los sueños se agolpan en la puerta,
se hacen los locos, perdidos,
no llegan adonde deben.

Allí esquivando fantasmas,
malos aires,
luces opacas,
espectros de hora insana.
La claridad oculta es su inconsolable necesidad
guiando la duda de mi destino inmediato.

No quiero escuchar los huesos de mis tobillos
ni encender la luz
o maldecir a los grillos que entorpecen mi letargo,
se frotan descaradamente hasta romperse las alas.

Avanzo,
no escucho,
mis pasos no se detienen,
el piso no se descubre,
no encuentro mi abismo.

Quiero que me habites

Quiero que me habites,
que abras las ventanas de mi recelo,
que entres a través de ellas con fuerza y ternura
y te postres en el sillón azul
 arrinconado en mi miseria.
Quiero que sacudas mis costillas.

REBECA DÍAZ SUÁREZ 

Vida plena

No importa dónde yo muera,
importa dónde y cómo yo viva.
La ceniza se esparcirá
por la tierra
y cual tierra sea
verá mi amistad
alrededor de sus exequias.

¿Hay algo más sincero?
la tierra sigue aquí,
el poeta a través de su canto,
la verdad se descubre,
el amor de la madre vuela alto,
y por la hierba sin agua
el amanecer despierta sin emoción.

Cantemos...
Todo se queda aquí.

Jóker

Se levantó el telón.
Estaba allí.
Ni siquiera dijo buenos días.

A veces la ficción
demanda vida.

Jóker se presentó,
apagó las luces,
estiró la verdad.

La verdad rodó en medio de un teatro
nauseabundo y lleno de recuerdos
en el que creció su maldad.

Los espectadores eran jókeres.
Uno se imaginó el actor principal,
creyó que siendo actor el público era suyo.

A veces la vida
demanda ficción.

El tiempo tomará el escenario.
Algún día será un establo de película
y nosotros tal vez el actor.

Ojos mojados

Tardó la noche.
Trajo lluvia y sus ojos mojados.
La luna titiritaba de miedo,
era lluvia furiosa.
Lejos los ojos claros del cielo.
No cesaba.
No sé si sabe
que la noche aquella
el mar estaba desconsolado
al verla sola con sus ojos mojados.
Su alma vagabunda
buscaba refugio de un palmar
para sus brazos, sueños

y amor de amores.
Ella se vistió de lluvia.
Sales de colores
se encienden
al recordar sus pies descalzos.

Sombrío siglo XXI

Se hizo de noche.
La tierra tembló de espanto.
No lo creían.
Nadie creía que estaba llegando...

El dios Tec
permite hacernos a un lado
como paja en el viento.
Lo permiten «aquellos».

Huele a carne fresca,
advertían.
Nadie creyó.
Hay rostros desmayados.

Las esperanzas muertas
traen el recuerdo de la caída de Tenochtitlan.
«Aquéllos» vendrán por nosotros.
Recuerda de qué estamos hechos.

Hay ojos abiertos de noche
esperándonos...

Como un tren

1

A veces,
entrar a un hospital
es como acercarse al mar del infinito,
donde no se sabe si hay algo más allá de la orilla,
una sólo se empieza a caer poco a poco.

A veces, entrar a un hospital,
se parece a poner un pie sobre la arena,
respirar por los poros, la humedad
de esas aguas saladas
de la vida en el borde
del horizonte siempre alejándose,
como si fuera a morir, sin morirse.

A veces, entrar a un hospital
es irse, poco a poco, despidiendo de todos
sin pronunciar siquiera
la palabra adiós.

2

Los hospitales no huelen nada más a medicinas,
a alcohol
o el cansancio de los futuros deudos
de quienes llegan a pasar sus últimos días
con la esperanza de quedarse más tiempo entre nosotros.

Los hospitales suenan también como
una vida que apenas va a empezar,
con un llanto –el cliché de los nacimientos–.

Los hospitales huelen a café con leche,
al chocolate espeso de una tarde nublada.

Son como un tren,
un autobús o un barco
que no se mueven aparentemente,
pero siempre están trayendo viajeros
o llevándoselos a alguna parte,
sin que nadie sepa
de dónde vienen, adónde van, a ciencia cierta.

Epifanía El Viejo

El Águila es un barrio quieto. Su tranquilidad se mete en los poros de su gente que se conocen muy poco y se hablan muy poco. La tienda de don Loncho es uno de los lugares más concurridos porque vende de todo y tiene de todo; desde un estropajo hasta una caja de muertos de caoba machimbrada, de esos árboles que ya no se dan más por ese rumbo de Dios donde se corta el monte y se siembra el cemento.

Muchos conocen a don Loncho. Hombre robusto de andar cadencioso como los barcos en alta mar, de delantal aceitoso por los menjurjes y condimentos del abarrote. Con olor a tasajo y longaniza. El de la sonrisa fácil y la frase afable: «Llévelo, marchantita», hasta el enojo simulado cuando le salen mal las cuentas. Era hombre de familia numerosa, prolífero proveedor, de chapas coloradas como de durazno expuesto al sol. Entregado a su labor mercantil haciendo que el cajón del dinero saltara de gusto.

Misteriosamente el día menos pensado calló enfermo de muerte. El hombre abandonó las madrugadas y el trajín de la tienda para refugiarse en sus dolencias, al cuidado de sus hijas –tenía cinco, sin haber podido engendrar varón– y de su mujer: una Aldonza jamona hecha para el trabajo; mujer criandera y eficiente para los ajetreos de la casa y para el negocio.

Cerca de ahí vive El viejo. Es un personaje pocas veces visto, pero conocido y recocado por algunos parroquianos. Aspecto sombrío o enigmático, quien raras veces se asoma al barrio para visitar a sus hijos y llevarles sustento ganado con su trabajo. Es una casita a una cuadra de «la vuelta del diablo». En esos tiempos hasta allá llegaba el alimento como bendición de Dios. Así mismo llegaba El viejo, montado en las tablas de la carreta de madera halada por un esquelético penco con «tapa ojo» y el carretillero sucio y sudoroso a su lado quien hostigaba a la bestia: –¡sooo... sooo...!– hasta quedar aparcados a un lado del arroyo que se abre en medio de la calle. Su trabajo –dicen– consistía en andar de pueblo en pueblo o de rancho en rancho llevando la magia y sanando enfermos de tiempo y sin remedio médico. Recetaba purgantes y brebajes, infería ensalmos para el mal de ojo o el espanto y soba huesos descoyuntados o zafados de las personas que le

llamaban. Ese era el andar de El viejo, ese era su trabajo y su rutina por rumbos sin nombre, con gente que pagaba en especie cuando no contaba con monedas. —¡Llévese esos animalitos don... a cuenta!... —¡Ahí le tengo unos racimos de guineo compita... *pa'* que se cobre!... Otras veces el pago era constante y sonante. Así que ahí mismo contrataba el acarreo, viajes en cayuco por los ríos del rumbo, bestias de carga hasta la carretera o el camino vecinal para transbordar con «el pollero» hacia la ciudad. De ahí una carreta grande o dos pequeñas hasta la puerta de la casa en aquel barrio lleno de lodo cuando las lluvias se hacen eternas. Vida al natural y donde a los desconocidos se les identificaba a dos leguas. Casas iguales y a distancia, cercadas con bambú, jahuacte, caña brava o rama de árboles; calles melancólicas por donde veían venir a El viejo con su andar ligero como correteando las penas y el hambre, con amagos a los ladridos de los perros callejeros. Esas tardes extraordinarias la carreta se dejaba escuchar al rebotar las piedras contra las pesadas ruedas y los cascos de la bestia que halaba la mole. Las sombras pronto llenaban todos los rincones y el rumbo se quedaba nuevamente a oscuras.

A don Loncho la desesperación le fue creciendo, así como le crecían el estómago y el abdomen cada noche. En cambio, sus carnes, su masa muscular, sus ánimos y sus finanzas fueron disminuyendo paulatinamente hasta el quiebre doloroso de la existencia. Los espasmos eran la antesala de la sepultura para el tendero, quien se debatía entre la normalidad de su complexión delgada por las mañanas y la hinchazón del abdomen que por las noches le crecía como el vientre de una embarazada y lo dejaba al borde de la muerte.

A esas alturas de los días consultó a muchos médicos en distintos hospitales y consultorios, quienes se dieron por vencidos por tan extraña enfermedad que le secaba las carnes y los bolsillos. Su familia echó mano de cuanto remedio casero les recomendaba la gente. Y nada.

Entonces, cuando la desesperanza le anidaba el corazón, alguien le contó de las curaciones milagrosas de El viejo que —por cierto— vivía ahí cerca de «la vuelta del diablo» o, al menos, ahí le habían visto descargando una carreta de frutas. Para su fortuna, cuando le fueron a buscar le encontraron recostado en su butaque de tronco y cuero descansando de la faena anterior, bajo la sombra de un tamarindo.

Las curaciones comenzaron por la noche, como propiciando la presencia de los espíritus. —¡Nueve intervenciones! —había dicho el curandero. Y después de cada manipulación, el hombrecillo quedaba al borde de la tumba. —¡Esperamos

que aguante la próxima! —decía El viejo cada vez que abandonaba las habitaciones del enfermo.

¡Y aguantó las nueve curaciones!

En la novena intervención esperada con inquietud y desesperación, vino el desgarrado grito que se escuchó a dos cuadras del rumbo y cuando el moribundo estaba al borde del desmayo, el curandero gritó —¡El bacín, el bacín...! —y zas... ahí está.

El intestino dejó circular un extraño producto forzando el recto hasta vaciarlo por completo. En el receptáculo de la bacinilla aún papaloteaba un oscuro animal en forma de murciélago dejando en coma por varios minutos al esquelético hombre.

Con dos purgantes de aceite de ricino y calaguala que le dejó prescrito El viejo, el hombrecillo comenzó a recobrar el color en poco tiempo. Y las carnes —antes flacas— se llenaron con un redondo de salud y de bienestar que parecía nunca haber estado enfermo.

Quando la amnesia de Cronos

Quando la amnesia de Cronos haya soltado sus amarras
esa «enfermedad senil de los relojes» que nos consume
no tendrá razón de ser en la conciencia
ni en el tiempo.

El sol ha de brillar en otros tonos del naranja y del violeta
y los caminos andarán con nuevos pasos y otras huellas.

Quando la vida suba a la barca de su prosa
en este día cantará el mar un bello canto
un canto hermoso

veremos desde tierra una tempestad de orondos versos
que inundará de amor la capital del ocio y el desgano.

En este día

despertará la vida con una mirada diferente
despertará con el cálido abrazo del alba y del encanto
despertará con la dignidad vestida de claveles y amapolas.

En este día

lo finito y lo mortal de la faz será expulsado.
Fiestas habrá
habrá cohetones estallando de contento
habrá un espíritu sereno en cada corazón y en cada plaza
y en este día
el velo indeseable del temor y de los miedos
volverá al abismo que vio parir su desventura.
En ese día
anuncio prodigioso de tal revelación hará el milagro
será un poema de amor
sin muros
sin diques
sin fronteras
la canción que vino del mar
del divino aliento de los sueños.
Como regalo ansiado se dará de mano en mano la primicia
en una comunión jamás vivida en todo el universo.
Será para la humanidad aquel poema el hecho más tangible
que nos devuelva la esperanza
la fe
la caridad y el alma.

Travesía

Llegamos hasta hoy sin que doliera el tiempo.
Soportaron el sorprendente viaje nuestras alas
y ensimismados corrimos
volamos de la mano de la gracia.
La primavera musculosa nos sostuvo en la emoción
nos llenó de gozo
nos dio razón y trascendencia
sentimos el torrente de la vida inagotable
sin final.
La pasión

ese impulso desbordante y sin embargo necesario
fue el pasaje de ida porque el regreso no cabía en las maletas.
Sólo tus sueños y los míos pegados al resquicio de la fe
esperanza nueva
brújula fiel
instrumento de navegación.
Tiempo de tránsito bullicioso
a prisa
indiscreto.
Llenaste los espacios de mis horas y de mis días.
Auguramos larga vida a los deseos y a las ansias de vivir
al disfrute de la primera vez y de las veces que siguieron
que siguieron siendo la primera vez
en el incendio de nuestros cuerpos y nuestras almas.
El sol del verano nos fundió el corazón en un latido.
Una sola respiración
un solo aliento
estado cataléptico de suspiros prolongados
donde las tormentas y los naufragios sosiegan.
Sortear esta aventura fue instinto de conservación
de no morir en el intento
y así
vivimos el destino en cada estación de nuestro viaje.
En este tren que no precisa el tiempo de llegada.
Sólo la intimidad nuestra se apropia de la vida
que crea vidas
para nunca más nombrar a la nostalgia.
Cuando el otoño sigiloso anunció festivo su llegada
recordamos los sueños que celosamente compartimos
y renovamos los votos para amarnos
para amarte.
Porque eres sueño y realidad
razón y sueño
«porque –como dice Juan José Arreola–
siempre tomas la forma del sueño que te contiene».
Eres continente de vida.

Vida que transpiras cada vez que se asoma la flaqueza
aún en las despedidas de la sangre
que corrió por tus venas
que sin duda siendo ya un extraño cada vez extrañarás
y sigues siendo vida...
Porque la vida es el sueño que te contiene.
Alguna vez se detendrá el latido de los sueños.
No importa en qué sitio
la hora
la distancia
no importará el temporal ni la estación del año.
Entonces
sólo quedará la intención primera
el deseo de viajar
hasta que la vida nos alcance.
Que el invierno nos libere de la crudeza de su hastío
y nos permita celebrar ahora
con la pasión de ayer
con la vieja canción que sabe nuestra historia.
Que nos permita abrir al sol un equipaje vacío de esperanzas
aquellas que sembramos en los cruces de caminos
en los momentos de zozobra
de desaliento
de temores.
Que nos encuentre el silencio tomados de la mano.
Que al término puntual de esta aventura
la bitácora registre:
«ha sido un viaje de amor
placentero
inolvidable».

GLADYS FUENTES MILLA 

Seis

Mi vieja es grande tiene voluntad guerrera para pelear cada palmo de vida
en sus faldas está impregnado el olor de esperanza
mezcla de realidad doliente de sus ayeres
muertos
de sus párpados caídos cuelga la lucidez que censura la tibieza de los espíritus nuevos

No necesita lisonjas
su valor radica en la profunda caverna de su sensibilidad
—y se sabe fuerte
no requiere plazos ni se apresura
aprendió en su cronos que nada es antes ni después sino todo a su debido tiempo

Supo tejer con sabiduría las largas hebras de sus penas para no entorpecer andares
las ató al talle para forjar la brevedad de su cintura
Me gusta observarla cuando masculla su diario mental
cuando sonrío
cuando se agrava
cuando se yergue
para desatar los setenta y un siglos que abrieron sus ojos cada mañana y encorvan su espalda

(de Cuánto por la vieja pena)

Veinticinco

Hay un grito parido en el silencio de mi boca
hay rumores terebrantes que se agitan
inmensos como el bastón con que riges los destinos que se inician al
nacer y continúan con la
muerte
en un tiempo de todos
en un lugar muy de nosotros

Marchan los días
marchan las noches con sus estertores continuos en esta vida
dolorosamente moribunda
flotando en la composición celular de mi carne y mi esqueleto que me
mantiene sin oler al
viento que me arrastra
sin la piedra donde cincele mi amargura con el corazón a punto de
estallar en un suspiro y
mientras tu risa es vidrio astillado en mis oídos
me siento caballito de mar en el desierto
barquito de papel con que tus dedos juegan

Te me niegas Dios cual sello de agua en los pulmones y mis alas sin
plumaje aletean
tu contorno en donde pirata de este mundo obtuso
me robas el hueco donde guardo un susurro cantor venido de lo lejos
y es que la lluvia sin ti carece de humedales
y es que la luna sin tus manos pierde brillo
y es que la risa sin tu boca es una mueca carcomida
¿en dónde coleccionas los ajedreces de las guerras?
¿en qué pared estrellas las plegarias?

Podría no tocar siquiera tu nombre en la memoria pero uno es la
necesidad que grita e intento
colarme en la hendidura donde tu razón escapa
en una historia sin fin que no tiene comienzo entre las piernas de un

Dios de quién sabe qué nombre
Un Dios que se nutre con la sangre de las penas
que no le importa que los muertos resquebrajen con lamentos sus
historias y la vida sea
un corto collar entre los labios tiesos
Un Dios sordo a la sinfonía que se enhebra en la cintura del océano
con la voz de los colonos de la región desamorada
a mi voz que es el canto de los muertos
a mi canto que es la voz de los desesperados

(de Para llenarme de silencio)

Cuarenta y dos

A María Dolores III

Cuando te acompañe a ese sitio sin retorno como último contacto con
tu cuerpo cuando tu resina empape el cementerio y tus huesos sean el
soporte de la ausencia
qué dolor inaguantable

Estaré sin abrazos ni consuelo masticando la vida aunque me duela
—entonces
sólo entonces
querré silencio para que nada te despierte y no te sientas sola entre los
muertos

Mientras cuento los minutos-tiempo cantando una canción con
marimba de trasfondo
y sentada en la orilla de tu cama tiemblo mojada por chubascos de
nostalgia
entumecida hasta agotar el galón desfondado de mi llanto

(de Para llenarme de silencio)

Cuarenta y tres

A María Dolores IV

Todo es y nada ha sido
desde que te fuiste como destellos solares cuando el mar los chupa
pensamos en ti siempre
papá ya no conserva la tez morena
azul-gris es su melancolía
transpira tu nombre y flotas como suspiro que no vemos en el faldón de
su camisa
giras en el carrousel de la ausencia que forma caballitos blancos en que te
paseas quién sabe
en dónde y a qué hora sin que tenga tregua la nostalgia

Y caminamos esta ciudad sonámbula mientras borda con auroras tu
añoranza
fabricando la soledad en su costado
recordamos tus manos palomas heridas de muerte
tu cuerpo-juncia hendida apenas
tus ojos-luciérnagas dormidas
tu voz-silencio perpetuo que lastima
tus oídos-refugio insonoro de palabras
tu corazón-campana sin acústica
tus piernas-faros sin luz en puerto de naufragos
tu alegría-espiga doblada en tiempo prematuro
tus cabellos-danzarines sin música de fondo
tu carne-brisa marina prisionera entre paredes

Eres tan de otras vidas que la lluvia de sus ojos bautizan las raíces
—ni duda cabe
no es mal lugar para un buen diálogo este cementerio

(de Para llenarme de silencio)

Sesenta y nueve

A Isabella

Aquí junto a mi
justo sobre la pálida clavícula en mi hombro izquierdo
tu lenguaje de pequeña ángela en vigilia roza el silencio de mi cuarto
dice muchas cosas que siente y que mira a través de las sombras de la
noche
Tu madre ha traído el agobio del trabajo
ha traído el trabajo urgente y apremiante
mientras tú con tu locuaz juventud y viva energía
quieres encontrar el sentido de las cosas que percibes a través del viento
a través del susurro de las palmas
a través del silencio de la noche
y tu pequeño corazón de tigre
late como un colibrí en el pistilo de las flores

(de Al viento tu pelo que huele a lima)

Perpetuidad *tour*

El aire azotaba la hojarasca y el polvo en la superficie de aquella carretera desprendía migajas del pasado, mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a lamer el asfalto que parecía desplazarse de a poco con la estampida de máquinas que le desafiaban continuamente.

Una amplia limusina blanca atravesó a gran velocidad por debajo de aquel puente a desnivel que venía del aeropuerto. En el interior del vehículo Sebastián discutía con Carol, como era costumbre en esa tensa relación laboral, mientras el chofer subía el cristal que dividía la cabina posterior para brindarles más intimidad ante la calurosa conversación.

—¡Siempre me dices lo mismo!, que si por qué gastamos tanto, que si por qué pido tantos lujos, que por cierto, no son extravagantes...—increpaba Carol.

—Basta, Carolina...te lo vuelvo a repetir, tú sabes las condiciones en las que nos está contratando este productor, además recuerda que ya no estás en los cuernos de la luna como para ponerte con tantas exigencias...

—No digas idioteces Sebastián, eres un pesado. ¿Cómo te he confiado todo este tiempo mi representación y administración?

—Será porque te consigo los mejores contratos, se ha mantenido fuerte tu cuenta bancaria y te sostengo con pinzas en la cima a pesar de que has perdido fama, no te olvides de eso Carolina....

—Eso sí me duele Sebastián...

—¿Qué?, ¿que te diga que has perdido fama?, es cierto...

—No idiota, que me llames Carolina

—¡Ah! ¿Entonces cómo te llamas? Tu acta de nacimiento lo dice clarito: Carolina Ferrer Alcántara...

—Eso es otra cosa, soy Carol Ferry, roquera y punto...

Reinó de pronto el silencio en el auto mientras seguía a toda velocidad su destino. Sebastián, atento a su actividad pese al embarazoso momento, tomó el celular e hizo una llamada para verificar que todo estuviera en orden para el concierto de aquella noche: si los músicos ya estaban en el palenque, si la entrada iba bien, si el sonido no tenía ningún problema...

—No olvides la botella de tequila en el camerino...así es...esa es la marca que toma, 100 por ciento agave, ¡Ajá!...igual recuerda a los músicos que Carol quiere iniciar con «Ironías», ya después va el repertorio que traemos en el tour...muy bien, llegamos en... ¿cuánto tiempo se hace de aquí al palenque? —preguntó al chofer por el interfón, quien respondió de inmediato,

—Me dicen que en 15 minutos máximo...

La cantante movió la cabeza como indicio negativo, mientras el representante, sentado frente a ella, la miraba molesto. En su interior trataba de no engancharse en un juego sin fin que sólo le desgastaba emocionalmente. Sebastián sacó un cigarro, lo encendió y dio una profunda bocanada, esparciendo el humo en el interior.

—¡Qué diablos te pasa!, voy a un concierto, ¡cof, cof! —reclamó la diva.

—Es sólo un poco de humo Carol no empieces, no seas tan delicada...

—Afecta mi garganta en este momento. De esto vivo...y tú también por si no te has dado cuenta...

—No creo que afecte más que todos los moños que te pones...poco a poco nos vamos quedando sin contratos.

—Pues qué bueno que me recuerdas para cambiar de representante...

—A ver si es fácil... ¿quién te soporta tanto como yo?... mira que contratar una limusina sólo para llevarte a dónde vas a cantar...y exentarte de la prueba de audio, es un suicidio Carol y aun así meto las manos por ti.

La mujer se limitó a callar. Subió inmediatamente el volumen de Perpetuidad, el nuevo sencillo que le daba título a su gira, para que sonara en la cabina. El hombre apagó el cigarro y parte de coraje en la palma de su mano, abrió la ventanilla para tirarlo y ya no la subió de nuevo.

—Sebastián, tengo frío y mi garganta se puede lastimar...

—¡Bueno!, nada te acomoda a ti ¿verdad?

Cerró la ventanilla y bajó el volumen de la canción. Carol le subió de nuevo, Sebastián se sintió agredido y tomó el control para bajarle una vez más. Carol en un arrebato le arañó la mano para tomar el control. Irritado, Sebastián tomó la botella de champagne que tenía en una hielera para servirse en una copa y accidentalmente vació un poco del líquido en la pierna de la cantante.

—¡Idiota, mojaste mi ropa!, sólo traje un cambio para la presentación...

—Pues quién te manda querer llegar casi justo a la hora...

—Estaba cansada, lo sabías... además, ¿a quién se le ocurre programar una entrevista a mediodía en una ciudad sabiendo de un concierto de noche en

otra?...

—¡Cállate!, te recuerdo que me pediste que aunque te saturara, pero que no querías desaparecer de los medios...

—¡No me alces la voz!... —retó Carol a su representante y le vació la copa con champagne que tenía en su mano.

—¡Ya estuvo bueno! —se molestó el representante y lanzó una bofetada que cubrió parte de la mejilla de la mujer.

Los ruidos de golpes y gritos llamaban la atención del chofer quien bajó su ventanilla para preguntar si todo estaba bien, aunque más por la curiosidad de ver la escena. Fue un mal momento para hacerlo, la artista había tomado la botella de champagne y se disponía a asestarla sobre el costado de Sebastián.

El representante, al percibir la intención de la mujer, se hizo a un lado cuando la botella salió accidentalmente de su mano, evadiendo a tiempo el golpe que atinó en la cabeza del conductor quien jamás se dio cuenta de lo que pasó. El resultado fue fatal.

Entre la llovizna, la velocidad, la difusa iluminación y un chofer que perdía la conciencia, el auto se fue a impactar sobre el camellón de aquella carretera, continuando su suerte en un par de maromas que agitaron aún más los humores y emociones que contenía.

Los cuerpos de Sebastián y Carol quedaron juntos, muy pegaditos, estrechamente unidos, ella sobre él. Ambos inconscientes, sin razón, en una comunión muy distinta a la que minutos antes vivían.

Las sirenas se dejaban escuchar a kilómetros de distancia, mientras testigos del lugar trataban de dar los primeros auxilios. De alguna morbosa manera, algunos medios de comunicación llegaron más rápido que las autoridades que regularmente apoyan en estos casos.

La muerte tomó de manera inmediata al conductor, no había más qué hacer. Los paramédicos sacaron también los cuerpos de los ocupantes de atrás y de inmediato los acomodaron en camillas.

Los signos vitales de Carol se mostraban estables y poco a poco comenzó a tomar conciencia. Sebastián no respondía de igual manera y se desvanecía paulatinamente. La roquera notó que algo estaba mal con su acompañante y entre sollozos volteó a verle desde su camilla a un lado. Como pudo estiró su mano para tocarlo y como si se arrepintiera de la discusión anterior le decía:

—Sebastián, no te mueras amor...el trabajo es el trabajo... en casa es distinto, no me hagas esto...no tengo porqué pedirte perdón de nada pero, no me dejes

por favor...

Guardó silencio un momento, mientras escuchaba las voces de los rescatistas. Los movimientos eran más rápidos, se escuchaban golpes, choques eléctricos, aire expulsado. Sabía que algo grave estaba aconteciendo, y aún con el temor que le invadió cuando escuchó que todo se serenaba, se atrevió a preguntar qué pasaba.

—Lo siento, el señor no resistió... —comentó uno de los paramédicos.

El rostro de Carol se afligió primero, después se tornó en un color rojizo. Colérica gritaba entre sollozos, mientras minaban sus ánimos y sus signos se aletargaban:

—¡Eres un imbécil Sebastián!, ¡me dejas sola animal!... ¡si te querías morir me hubieras dicho!... ¡eres un idiota mi amor!...te amo...

Sólo una ambulancia emprendió su camino a toda velocidad en dirección a la clínica más cercana mientras que no lejos de allí, en el palenque de la ciudad el público, que había hecho una buena entrada coreaba fuertemente, entre chiflidos y aplausos, el nombre de la cantante.

Una voz estentórea interrumpió súbitamente el bullicio, solicitando la atención de los presentes: —¡Señoras y señores!... El público quedó expectante.

Jacinto

Jacinto se quedó mirando el amanecer. Todas las milpas de la ranhería Santa Lucia en Cunduacán, lo saludan al ritmo del primer silbido de la mañana. Estira la playera para cubrir sus piernas del frío, de los mosquitos que despiertan hambrientos y de las hormigas rojas que soportaron, igual que él, una noche con el estómago vacío.

Sus labios hinchados, de tan secos, arrojan un vaho tibio visible a varios metros, pero nadie lo ve, está solo en el pastizal. Una oveja recién parida se aleja del grupo pero la hábil sandalia de Jacinto, le hace regresar con un hilillo de sangre que brota cerca del futuro cuerno izquierdo. Jacinto da pequeños brincos y llega a su sandalia, apenas un pedazo de llanta bajo los pies. Los chapulines cantan agresivos por tan abrupto despertar.

El rebaño pasa sin novedad la mañana y el pastorcillo piensa que quizás su madre estaría orgullosa de él; baja la mirada, tiene sueño. Avanza la mañana, las tripas rugen.

Mientras tanto en casa, Eloy, padrastro de Jacinto, aún está somnoliento, el sopor que brinda el aguardiente no lo deja levantarse y le dan las cuatro de la tarde, pero ya es muy tarde cuando se da cuenta que su cordón de marinero no está sujetando una punta de la hamaca y el campesino empolvado, se queda arrumbado en una esquina del chiquero, pensando. Se echa otro trago que arde en la garganta, quizás no tanto como ardió el viejo lazo alrededor del cuello de Jacinto que esa misma tarde, decidió resolver su vacío estomacal

Y toda la sed de sus nueve años, fu saciada bajo el intenso calor a pesar de estar bajo una ceiba. «Dos minutos de dolor»; le había dicho su primo, pero en realidad fueron unos segundos menos. Y el cuerpo de Jacinto adquirió el rítmico balanceo de la milpa, del vaivén de las tiernas ramas de la ceiba. «Yo solo quería dormir», le hubiera dicho a quien le hubiera preguntado.

Las ovejas adoptaron un movimiento circular bajo el cuerpo de Jacinto, cada una rumiaba despacio como si murmuraran un rosario y luego, un silencio aromático a hierba y barro impregnaron esos pies descalzos. El viento, el vaivén

del cuerpo, el rebaño espera, espera. No hay prisa, ellas si tienen comida y mañana, será otro día.

Una gota

Cuando se alejó la tormenta ella escapó de la nube. Era una pequeña gota que había subido a la estratosfera cuando los vientos fríos del norte paseaban sobre el mar Caribe. Cayó sobre un viejo riel del tren alimentado por el sol de mayo. Se sacudió el polvo, tomó forma semirredonda. Echó andar y rodó sin que nada la detuviera.

Nunca aceptó compañía. Viajó sola desde la costa del Golfo hacia la sierra y luego descendió para llegar al otro mar. Se puso un nombre para escribirlo en cada lugar que dormitaba, Irene quedó grabado con lápiz de agua cristalina sobre piedras y bancas. Cada letra de ese nombre brillaba hasta con los más débiles rayos de sol.

Se alimentó de brisa y de neblina. Conoció de las presas, su cortina de agua. Le sorprendió un abrazo de lodo cuando su camino se cruzó con un desolado río Usumacinta; aún no habían llegado las dragas y encontró naturaleza muerta por paisaje. No encontró agua limpia, le inundó la tristeza y empezó a llorar, fue tanto su llanto, que se evaporó.

Al verano siguiente, otra frazada marina dejó sin darse cuenta, una nueva gota en la misma estación; los durmientes y sus más viejos rieles, pensaron que fuera la misma Irene, reencarnada. Estaba cubierta con el mismo color verde turquesa del trópico y en su interior, un pedacito de coral no dejaba de moverse dando vueltas al ritmo de la corriente marina.

Pero esta nueva gota no viajó sola, se dejó acompañar de los árboles, de las flores, de las rocas; amó cada cosa que encontraba a su paso antes de amarse así misma. Y cuando llegó al sitio donde deberían estar los brazos de río, se dio cuenta que las dragas los habían escondido en largos ductos, construyendo una enorme ciudad de concreto sobre de ellos. Le inundó la tristeza.

Aprendió a replicarse entre las flores, a dejarse abrazar por el rambután, comprendió el arte de ser vapor y luego lluvia y luego ella misma. Entonces fabricó charcos para los pájaros, para los niños, para los migrantes.

Fue su amor

Fue su amor
atarraya,
trampa donde la víctima no intuye el cautiverio.
Fue ave que presiente el ardor en el ápex de las alas,
que observa el baile frenético del cardumen en el aire
y se arroja dentro,
por ello es normal que de vez en vez
le falte el aire
cuando rozan escamas como besos
pero se siente cómodo en la trampa.
El amor
como una atarraya, no atrapa
uno es quien se arroja a voluntad
a la quilla del barco tiburonero,
gustosos entramos
al zurrón
él da
dos vueltas al cerrojo,
no atrapa el amor aguarda
se sienta al timón
y con suavidad
estira sus brazos para llenarse de mar
sólo espera
sólo
solo.

Sal lloró por

Sal lloró por
el intempestivo regreso de capullo

y fue mar,
luego desbordó,
a casa entró escupiendo peces,
besos muertos,
aquí
amó,
tanto
que fue tsunami su pasión
arrastró perros gatos semáforos
árboles que sacrificaban sus hojas para los libros,
mi ciudad todo sucumbió bajo su furia líquida,

derrame ocular contenido
y hubo calma momentánea,
pero nunca fin,
sólo pausas,
ausencias,
fantasmas distractores,
olvidos necesarios,

así pasa cuando de Sal la humanidad se enamora
así pasa de puñado a pizca,
cuando sueña ser ola
y termina en crepitante espuma
de playa arena de sal
ahogada en su propia condición de tierra.

I

La ventana me revela la noche y la contemplo,
atrás de su cristal los silencios se agazapan,
serpentean a ras de los recuerdos, los cuartos cerrados,
los retratos en forma de vacíos,
van sombríos signando sus grafías sobre los muros,
sobre las miradas de insomnio y sus capas de lujuria
sobre los cuerpos deseosos de vino o de ternura.
Los silencios saben que aquí también hubo palabras que nunca se
escribieron,
palabras que trazaron temblorosas
sus delgadas líneas al asombro,
hacia el rastro del dolor y la felicidad inútil,
que aquí se trastabilló con los pedazos de algún beso,
con los cascajos de su humanidad,
con el cascarón antiguo de una lágrima,
por eso no es el moho quien cubre las paredes,
sino la huérfana historia del hombre y de esta casa
el lápiz levantado,
el garabato trazado del amor.

II

Cuántas puertas habrá que derribar,
cuántas ventanas faltarán para sacar al viento,
ese lento olor a muerte,
ese vaho de gardenias secas que se estanca,
efímero humus cubriendo los estantes.
Cuántos sótanos habremos de abrir para guardar los restos,
ese polvo disperso donde no pueden sembrarse árboles.

Hasta dónde excavar el tiempo,
este silencio profundo ya,
que espera el arribo de sus nuevos huéspedes.

III

Despierto,
afuera a pesar de la noche,
amanece,
y lastima esa luz tan apacible,
su viscosidad que entra lentamente a ras de puerta,
su aridez que roe este cuerpo en la mortaja de su cama.
Soy el heredero de esta casa en ruinas,
el deseo de la cal, el moho y el salitre,
el canto oscuro de sus piedras.
Aquí nací antes de todos sus escombros,
del aliento fétido acumulado en sus ventanas,
antes del hedor de esta lengua cubierta de simplezas,
de las monosílabas palabras saliendo de sus cloacas.
Este es mi lugar,
donde duele lo profundo que despierta entre los ojos,
donde angustia lo que brillan los detalles observados,
donde aflige el color que en las calle se amplifica,
donde tortura la ausencia insípida que vuelve,
donde pesa amanecer como una orden,
incubar,
la esperanza frágil,
tan mañana.

IV

No supe qué día ambos despertamos como espectadores de tazas,
catadores de café,

coleccionistas de píldoras,
de ese placebo de imágenes animadas por el color de su memoria.
No sé qué día se nos murió el reloj que alimentaba,
y la vida nos dejó un puñado de recuerdos intestados,
una casa sin puertas,
fantasmas por multiplicar,
volátiles alegrías que buscamos con la esperanza huyendo por los vidrios
rotos,
por las astillas púrpuras de la ventanas,
por el crisol limítrofe del fondo de las botellas vacías.
Nadie nos avisó que otro tipo de muerte llega antes en la pobreza
extrema,
que vamos invisiblemente desheredando la sonrisa,
los gritos columpiados,
el asombro de la infancia.
Así pasamos los días ahora,
en estos cuartos cerrados,
con los ojos abiertos,
esperando ser parte de la guía trágica de algún semanario,
mientras somos solidarios con esa orfandad que siempre nos deja la
lluvia.
En la añoranza de nuestros destierros
ambos nos miramos largamente,
no decimos nada y lo sabemos
nada volverá a ser de nuevo,
lo humano que somos
lo amorosos que fuimos
ese destello de luz que apenas brilla
en la pública sombra
que nadie mira temblar
encerrada en los escombros.

ALEX MORENO 

Instantánea

Un terror sagrado me invade
al levantar, entre mis inciertas manos,
un espejo que obtiene su imagen
de una eternidad concluida.

Ni el labrado bronce, que confina
la furia del sol en su rostro,
ni el pretérito mar, que en su profundo cristal
logra contener la límpida luna,
pueden sostener –fatigado el instante–
un reflejo de lo que fue.

Mas en el breve retrato convergen todos los ayeres
que precedieron al robo del esquivo momento
que en cada inspección vuelve a ser presente.

Al otro lado de la instantánea,
en el reflejo de los ojos del otro que no soy,
me he visto por última vez.

La palabra en la roca

Bien es sabido que la literatura es una excepción al tiempo. Los hechos que refiero suceden de nuevo en este instante ante tus ojos, en estas letras que reconstruyen, con más o menos éxito, la realidad de lo acontecido o, lo que es lo mismo, lo que queda en pie en mi recuerdo.

La vi por vez primera actuando, en un experimento literario que me propuse: llevar a escena un cuento de Jorge Luis Borges titulado «Ulrica». La había

observado por momentos, sin atreverme a indicarle más que el sitio que debía ocupar. Su personaje era secundario, pero ella no; el libreto demandaba que apenas se moviera durante la obra, mas no podía pasar desapercibida.

Era morena y baja, de discreta sonrisa y negros ojos expresivos, pero impenetrables. Era ella un instante prolongado, un momento que yo quería habitar.

Una tarde, concluido el simulacro, al bajar del escenario le pregunté si tenía un nombre; referí que yo había perdido el mío. La curiosidad bastó para llamar su atención. Al poco rato, nos encontrábamos caminando por el parque, de camino a su casa.

—¿Por qué preguntas por mi nombre sin haberme dicho el tuyo? —me interrogó.

—Ya mencioné que lo extravié —respondí—. Lo he perdido al verte. Por lo que tú deberías tenerlo: ¿por qué no me dices cómo me llamo?

—Si alguien puede tener algo o algo puede perderse, un nombre sería la pertenencia menos importante, podrías escoger el que quisieras —apuntó.

—No quiero cualquiera. Los nombres designan la naturaleza de las cosas: de todo lo que algo puede ser, un nombre delimita la esencia de aquello que es. Y yo quiero ser tuyo. —expliqué.

Casi nada sabíamos uno del otro; sin embargo, no desconocíamos nuestros nombres ni la atracción que sentíamos mutuamente. Sin dar señas de desconcierto, decidió seguir el juego.

—Te llamaré Javier, si te place.

—Si soy Javier tú serás Ulrica —contesté.

—Con este nombre habré de recordar que hoy caminamos lado a lado, junto a esta laguna; mientras nuestras huellas no sean borradas por otros pasos —agregó, al poner un dedo en mi mejilla, para evitar que mirara hacia atrás.

Nos detuvimos. Encontramos asiento a la orilla de las aguas. Del bolsillo de mi camisa tomé el bolígrafo con que hacía correcciones a los libretos y lo coloqué en medio de los dos.

—Con la pluma que yace entre ambos, habré de traerte a este día cuando quieras, mis letras guardarán nuestros pasos en este camino, aunque otros pies impriman su rastro junto a tus tacones.

—La tinta se agota con el uso —contestó—, ¿tus palabras también se acabarán cuando este largo día conmigo haya terminado?

—Las palabras son rocas —objeté—, no pueden contra éstas ni el tiempo ni el

olvido; como agua, los años sólo las pulen y suavizan.

Acto seguido, la besé.

—Si tus palabras resisten como piedras, escribe lo que más desees en una y lánzala al agua —dijo al apartarme con firme dulzura—. La sacaré del fondo en unos años y, si para entonces tu deseo aún permanece en la piedra, sabré que lo que dices es cierto y mi amor será tuyo.

Al hablar del tiempo yo pensaba en ríos, cuyas aguas artesanas esculpen y tallan al correr en armonioso trance, no en la verde quietud de esta laguna más profunda que el tiempo.

De todas formas, acepté y tomé un guijarro del suelo. Luego de un abrumador esfuerzo, una palabra quedó grabada en la entonces gris superficie. La arrojé y se hundió en la laguna.

En la sólida cara de la piedra, ahora enmohecida, se leía el verdadero nombre de mi Ulrica.

—Supongo que el milagro tiene derecho a imponer condiciones —repliqué.

—Oye bien. Un pájaro está por cantar —contestó, ignorando mi queja.

—Un pájaro siempre está por cantar —argüí—; aunque esté lejos, aunque tú no lo oigas.

—Así como yo siempre estaré cerca, aunque tal vez no sea de ti —respondió y al poco rato oímos el canto.

Volvimos a caminar. Dejamos las certezas para otro tiempo, sin pensar que luego de aquel día la laguna no volvería a reflejar mi rostro junto al de ella en su flexible espejo.

Había cantado el pájaro por tercera vez y la luz comenzaba a menguar. Llegamos al lecho. Nos quitamos la ropa, los nombres, todo aquello que no fuera nuestro.

—Hemos dejado nuestros nombres a un lado; si ya no eres Javier, ¿quién eres?

—Soy tuyo, quien quiera que desees que sea.

—Y si tú eres mío, ¿yo que soy? —cuestionó, con una leve sonrisa.

—Si nadie puede tener algo y nada puede tenerse, un acto de fe.

En mis ojos se reflejaban los suyos, y en su mirada se duplicaban nuestros cuerpos frente a los múltiples espejos de la habitación. Entrada la noche, la oscuridad ocultó nuestros rostros y por primera y última vez fue mía hasta su sombra.

Más adelante, ambos repetiríamos estos acontecimientos a grandes rasgos; con el tiempo, sólo variarían el lugar, los nombres y los rostros, mas siempre

permanecería, inalterable, la palabra en la roca.

La camisa

1

Necesita con urgencia una camisa blanca, de mangas largas, para asistir a la comida de un político importante con el que quiere quedar muy bien. Ramiro, un tipo en sus 50, impecable en su aspecto físico aunque lo contrario en su salud, no falta a cuanta fiesta es invitado, o se hace invitar, dado el entusiasmo que le produce la cerveza gratis.

Con camisa blanca, guayabera, pantalón azul marino bien cortado y recién recogidos de la tintorería, se presenta a festejar al político de marras.

—Ay, ¡qué odioso e ignorante este hombre! Se empeña en usar una camisa que no es de su talla de cuello, aunque lo ahorque.

—No sólo de cuello, amigo mío, sino de tórax. ¡A mí me va peor! Posee una caja torácica que ya la quisiera un tenor bajo; cada vez que suelta una de esas carcajadas grotescas que tiene, no sé si será el último momento en que yo pueda seguir aquí, costurado y sujeto al suave ojal, en compañía de ustedes.

—No se lamenten de pequeñeces, hermanos botones, lo peor de este drama es para nosotros los que estamos sosteniendo y resguardándole la panza, no sólo cuando ríe sino desde el mismísimo momento en que se pone la camisa de una talla que ni siquiera le queda. Se mira al espejo y trata de estirla como si fuera elástica. La tela refunfuña, pero a él no le importa. Mientras, nosotros, los de esta difícil parte de su anatomía, dejamos de respirar para que no nos jale como si pudiéramos crecer del tamaño de un plato y no nos escapemos por los ojales.

—A la hora que traga, porque no come lo normal sino que en cada fiesta engulle como si no lo hubiera hecho en una semana, ya se podrán imaginar en qué posición quedamos nosotros: ¡casi afuera de los ojales! Suplicando al hilo que resista, que no nos vaya a echar fuera mientras el tipo esté bebiendo como desesperado. Ya está satisfecho, pero como los meseros siguen con las rondas, él extiende el brazo para tomar otra y otra más. ¡Por qué no se levanta de la silla, al menos un rato!

—Nosotros sudamos sangre de sólo imaginar que quedemos tirados y aplastados en este rancho donde se celebra la fiesta.

2

—¿Se han fijado que las horas pasan, el tipo sigue bebe que bebe y sólo una vez ha ido al baño? ¡Ya no aguantamos más la angustia! El hilo nos dice que está haciendo todo su esfuerzo por resistir, pero existe la probabilidad que no reviente pero sí que nos corte el cuello.

—¡A qué hora terminará esta maldita borrachera! O al menos ¿a qué hora se acabará la cerveza?—dijeron los botones situados en el medio de la camisa.

—Compañeros, no flaqueen. Nosotros, los de la cintura ya nos hemos desmayado dos veces. Nos trae apretados con el cuero del cinturón y a través de él no pasa una sola partícula de aire. ¡No sé qué espera para soltarse la camisa!—replicaron indignados.

—Compañeros piensen en nosotros también, en los de abajo de la cintura y los de repuesto que trae a un lado. No resistimos tanta pestilencia. Creo que hoy mismo moriremos. Los que nos vean dirán que sólo para un par de ocasiones fuimos útiles. Lo malo que fue para zafarranchos...tal vez si hubiera sido para una elegante cena, la presentación de un libro, entrega de un premio... donde no dan cerveza ni bocadillos, habríamos resistido un poco más.

—Pienso en la rica sensación de ser lavados en una lavadora... sentir el rocío de la plancha de vapor...--agregó con aire soñador el botón abajo del cuello.

—¿Cómo se llamará este tipo? Ni siquiera hemos escuchado su nombre. Seguro se trata de un don nadie, de esos que llenan sólo los... —reclamaba el tercer botón.

—¡Ramiro, responde! ¿Qué tienes?, carajo, por qué tiembblas...

—Llamen a una ambulancia, tal vez le dio un infarto...

—Hip, hip... me estaba diciendo que no podía respirar bien —dijo uno que estaba sentado a su lado.

—¡Para mí que ya se «petateó»! ¿Hay un doctor aquí hip...? —bromeó uno de los meseros.

—¡Ábranle la camisa, idiotas! No lo dejen morir como un perro hip, hip... es

mi compadre...hip hip—dijo el político festejado.

—¡Más rápido, tiren de los botones, pendejos!—agregó otro de los políticos.

—¡Ramiro, no te mueras! ¡Qué le diré a la comadre! ¡Y a mi ahijado!—lloriqueó el político festejado.

Cuando la ambulancia llegó, hacía mucho que Ramiro había entregado su alma al Creador.

3

Tres botones, degollados, yacían cerca de él, con los cuellos cercenados por completo con aquel hilo, de excelente calidad, que usaban en esa marca de camisas. Pisoteados, sin precaución alguna, por la «bola» de borrachos curiosos que rodeaban el cuerpo yacente de aquel apasionado bebedor, justo como platicaran esa mañana en un presagio de lo que podría ser su final.

Otros dos, aún con vida, pendían de un hilo cortado. Los botones de repuesto habían muerto de un ataque cardíaco que los tomó de sorpresa cuando más angustiados estaban viendo venir su final tan próximo. Los botones de las mangas temblaban de una fuerte crisis nerviosa en la que cayeron desde el momento en que Ramiro dejó de mover las manos.

Al siguiente día, la foto del occiso aparecía en todos los periódicos de nota roja. Sólo un botón había salido en la foto, como testigo mudo de lo acontecido en aquella «fiesta».

Tan negro como la tinta usada por un brujo

En otro tiempo fui Nol Amón, y la fama y el destino que encontré en esta vida fue gracias a Fabindus, mi anciano maestro.

Durante nueve años habitamos en los montes Calateos, al oeste de Vaalbará, alejados de toda presencia humana que pudiera irrumpir nuestras invocaciones y rituales. Vivíamos en un antiguo castillo que había sido construido por Fabindus en la cima de aquel monte. Aislados por completo de las civilizaciones, estábamos rodeados solamente de nuestros espíritus familiares, nuestras momias, nuestros pentágonos y nuestros pergaminos sagrados.

Gracias a nuestras hechicerías habíamos logrado someter a muchos seres del viento y de la noche, convirtiéndonos en sus amos absolutos.

Antaño, Fabindus había sido discípulo del temible Nayn Ymanbtha y había aprendido mucho, mas no lo suficiente según él.

Bajo la sombra de nuestro castillo de roca negra e iluminados tan sólo por nuestros cirios hechos de grasa de cocodrilo solíamos interrogar a través de nuestras momias a entidades de tiempos prehumanos, que caminaron sobre la tierra bajo formas imposibles de imaginar.

Realizábamos también arcanos encantamientos que mi maestro guardaba celosamente en libros forrados en piel y acero, manuscritos de edades pasadas cuyo contenido no repetiré nunca más.

De igual forma con nuestra nigromancia convocábamos las almas de hechiceros muertos en los negros océanos con el fin de revelar los misterios ocultos bajo las salvajes olas.

Y un día acudió a nuestro llamado, al megaron sagrado de nuestra morada, el espíritu ancestral de un brujo que había vivido en la mística tierra de Ámadis. Fabindus le interrogó, no sin antes advertir a la entidad el posible castigo que habría de tener si se mostraba enemiga y contraria a sus planes, pues sólo entonces haría uso de los signos de Cefrondis, que son como el hierro ardiente para todo aquel espectro de naturaleza inmaterial. Pero a todo esto la entidad no respondió ni se movió de lugar sino que estuvo envuelta en una neblina gris como un vapor del abismo y sólo hasta la hora de la estrella media el espíritu

habló, y la neblina fue poco a poco adquiriendo un color tan negro como la tinta usada por un brujo.

Y así habló: —Oh, Fabindus. Hay un misterio aún, una cosa única que no conoces y que sólo los más aventajados brujos de la tierra han logrado ver a través de sus bolas de cristal. Esta rareza de la que os hablo va más allá de toda la magia y la hechicería que tú y tu aprendiz han practicado hasta ahora. Hay, hacia donde se oculta el sol, una pequeña isla con una pirámide negra en su centro. Es un templo en honor a una deidad omnipotente y cada cierto tiempo esta deidad todopoderosa surge de los profundos océanos y elige nueve brujos, marcados desde su nacimiento por abominables señales de la noche, y a estos transmite una porción de su sabiduría, y después, según se sabe, sus cuerpos son enviados a un lugar de magia suprema pues jamás vuelven a ser vistos en Vaalbará.

Después de esto y ajena totalmente a un control nuestro, la entidad se desvaneció como simple humo.

A la mañana siguiente me presenté nuevamente en el megaron sagrado, y allí, en una esquina, estaba Fabindus con su toga negra de invocaciones, sentado sobre su silla de mármol verde, adornada con runas y glifos antiguos. Tenía la quijada apoyada sobre su mano izquierda mientras observaba el alba dorada a través de una ventana circular. Los rayos de un sol naciente daban justo en las arrugas de su rostro y girando la mirada hacia mí, me dijo.

—Mi querido aprendiz y amigo, dentro de poco nos serán reveladas cosas inimaginables que aumentarán en gran manera nuestra ciencia y poder, pues he lanzado las místicas cartas del Tarot Chipriota a mis pies y me han favorecido. También a través de los ojos de mi cobra mágica he visto la ubicación exacta de la isla de la pirámide negra. Estás son señales que no debemos ignorar, mi querido aprendiz.

Fabindus estaba hambriento de conocimiento, el espíritu del día anterior había arañado su curiosidad y ahora más que nunca estaba dispuesto a ir más allá de su propia magia.

Entonces con nuestra hechicería sobrevolamos los cielos, hacia donde, según mi maestro, le había sido indicada la ruta a la isla.

Dentro de poco nos habíamos alejado de los grandes imperios de Vaalbará. Las gigantescas cordilleras y los verdes picos cubiertos de hielo se erguían ahora como terribles demonios en la lejanía. Dejamos atrás todo en un santiamén. Y bajo

nosotros apareció el verdoso mar del oeste; alcanzamos a ver, desde los aires, las galeras y las embarcaciones piratas que acechaban en aquellas aguas. Fuimos aún más lejos pero no encontramos rastro de ninguna isla que tuviese en su centro una pirámide negra. Por un momento me alegré debido a que consideraba mejor no indagar en cosas que quizá no pudiésemos controlar más adelante, pues ignorábamos gran parte, por no decir que casi todo lo relacionado con aquel ser todopoderoso. Bien podíamos continuar con nuestros encantamientos y meditaciones, pero Fabindus era ambicioso y deseaba el control y el conocimiento de cosas arcanas y herméticas.

Y sucedió que como una aparición fantasmal, divisamos la gigantesca pirámide negra de la que se nos había hablado el día anterior. Entonces nos acercamos y descendimos cerca de la pirámide. En aquella isla sólo había helechos, pero como jamás habíamos visto pues eran de tallo grueso y grande como palmeras. Parecía que la flora de aquel sitio había quedado estancada en una edad prehistórica.

No había otro tipo de plantas excepto por un viejo árbol que se levantaba a lo lejos, de pocas hojas, gigantesco, retorcido, parecido a los sauces del norte de Vaalbará.

Aquel sitio estaba sumido en el más completo silencio, como si todo fuese parte de un demonio que yacía en sueños eternos desde incontables eones. Pero todo aquello no era más que la introducción a un horror mayor y ancestral que iba cayendo sobre nosotros como una red maligna.

Y mientras meditaba sobre lo que podría acontecer, vimos que un pasadizo se abrió en la negra pirámide y escuchamos, proveniente del interior, una voz ultramundana y terrible que exigía nuestra presencia de inmediato. Mi maestro, satisfecho por aquello, pues era lo que deseaba encontrar, se adelantó mientras yo, involuntariamente, le seguía el paso.

Entonces entramos, y vaya sorpresa la que nos llevamos, lo que vimos nos dejó pasmados y quizá, yo, Nol Amón hubiese girado y salido de allí corriendo a no ser porque detrás de nosotros se había cerrado ya el pasadizo por el que habíamos entrado.

Frente a nosotros, sobre un estrado y un sitio abominable estaba sentada una criatura de pesadilla, una aberración de naturaleza infernal. Un vómito del cosmos desagradable y espantoso a la vista. Entonces, de su obscena boca llena de afilados colmillos como los de una hiena parda, brotaron palabras en una lengua desconocida que en vez de generar confusión entre nosotros, la comprendimos a la perfección, como si fuésemos nativos de aquel idioma.

—Mi nombre es Xhadanini, os he elegido como lo he hecho a través de muchas eras con grandes maestros que gozan ahora de mi paraíso de magia suprema, en donde ningún misterio se esconde a sus visiones y son conocedores de todo aquello que en el mundo de los mortales no puede jamás palpase. Os he elegido para daros una porción de mi sabiduría a fin de que podáis disfrutar de mi paraíso de magia suprema. Mientras tanto permaneced en esta morada sagrada hasta que yo os indique el momento adecuado de nuestra partida.

Cuando Xhadanini dejó hablar, un humo de hisopos apareció haciéndose más tenue y cubriendo el estrado. Pensamos que aquella deidad todopoderosa había entrado en un sueño profundo. Después notamos la presencia de otros magos, ocho en total, que al igual que Fabindus, en su búsqueda de poder habían arribado a la isla antes que nosotros. Se abrió entonces el pasadizo nuevamente a nuestras espaldas pero nadie salió sino que cada quien se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, esperando el anhelado momento. Mientras tanto manos invisibles nos proveyeron con los alimentos que son correctos probar durante reuniones secretas, y así estuvimos durante dos días.

Y al tercero, pedí permiso a Fabindus para salir a caminar por la isla, asegurando que volvería en el cénit, pues Xhadanini permanecía aún sin dar ninguna orden.

Caminé hacia la costa y me recosté bajo el único árbol que había en la isla, y he aquí que vino a mí, semejante a un demonio, un sueño de aquella tierra, y vi sus manos y eran semejantes a las garras del halcón ratonero, y su aspecto grosero y repulsivo era lo más parecido a un ghoul, y saltó furioso sobre mí y me atrapó para devorarme y a punto estaba de hacerlo cuando repentinamente me liberó y escuché una voz parecida a la de mil lamentos, que venía escupiendo blasfemias y letanías impronunciables. Sentí un miedo atroz en los huesos por aquella voz ultramundana que era como un horrendo sollozón infernal, mezclado con el sufrimiento de muchas almas en pena. Y aguzando mis oídos alcancé a oír lo siguiente:

—¡Id, id, id! ¡Apuñaladle ahora que es vulnerable! ¡Id, id, id! Somos los diez mil devorados, somos las diez mil víctimas... Fuimos también engañados y aunque ciertamente sí es omnipotente, a la hora media nada hay que temer. ¡Id, id, id!... pero no olvidéis la hora media.

Desperté de aquella pesadilla con la frente perlada de sudor y los sentidos

embotados. Me puse en pie y fui corriendo a encontrarme con mi maestro para hacerle saber la gravedad de aquel asunto.

Pues ahora sabía que aquel paraíso de magia suprema no era más que un simple engaño.

Cuando llegué a la entrada de la pirámide, miré el cielo y vi el sol en su cénit, entonces entré y contemplé, sobre el estrado, a Xhadanini con sus grandes fauces abiertas y babeantes. Sus ojos como los de un reptil prehistórico estaban fijos en los nueve hechiceros que flotaban inconscientes, sumidos quizá en un trance demoníaco y siniestro. Atravesé el pórtico, temblando de miedo, pero Xhadanini no pareció notar mi presencia. Me di cuenta entonces de la influencia que la hora de la estrella media ejercía sobre él, pues su físico y poder estaban paralizados por completo. Me acerqué a Fabindus y vi su rostro seco, como el de una momia. Había llegado demasiado tarde para advertir a mi anciano maestro. Pero no todo estaba perdido, así que tomé del cinturón de Fabindus, su daga de encantamientos, un cuchillo de hueso envenenado que había pertenecido a los reyes semihumanos de Hudsonia. Sujeté aquella arma y avancé contra mi enemigo. Yo, Nol Amón, que había estado frente a presencias prohibidas y había también, en no pocas ocasiones, visto a los espectros que habitan en los mundos subterráneos, podía decir que ninguno de aquellos seres era tan repulsivo como aquella deidad de la pirámide negra. Pues, además de su fealdad, expulsaba un olor nefando de su escamosa y amarillenta piel. De igual forma llegué a la conclusión de que sus grandes y abultados ojos, propios de un engendro semiacuático, habían tenido un papel importante para lograr un dominio total sobre los magos.

Me acerqué un poco más y clave el cuchillo de encantamientos en el pecho de aquel diablo con tal fuerza que mi mano se hundió hasta la muñeca, y brotó un líquido negro semejante a la tinta usada por un brujo, y escuché del líquido que emanaba un lamento de muchas voces, todas gritando al unísono: –Somos los diez mil devorados, somos las diez mil víctimas, gracias, gracias, gracias. ¡Hemos sido vengados! ¡Hemos sido vengados! Gracias, gracias, gracias.

Y toda la sangre fue expulsada del cuerpo como por el arte de una fuerza interior, y voló por los aires como un espíritu en pena y salió de aquella negra pirámide quedando en el suelo solamente una masa grisácea y gelatinosa. Mi maestro y los ocho magos recobraron la vida casi instantáneamente después de la muerte de Xhadanini, pero para mi sorpresa no hubo palabras de agradecimiento sino que Fabindus me vio con terribles ojos y su voz resonó entre

las cuatro paredes triangulares.

—¿Qué has hecho? —me cuestionó—. Sois el más vil de los estúpidos. Has interrumpido el más sagrado de los rituales. A ti, Nol Amón, yo te maldigo por esta ofensa y te condenó a vagar en esta vida y en la que sigue y así sucesivamente en tus múltiples encarnaciones, ¡jamás volverás a hacer uso de los pentágonos, ni de los manuscritos ni de ningún grimorio que contenga magia verdadera!

Cada hechicero sucesivamente, uno después de otro, me lanzó una maldición sin que yo pudiese siquiera explicar los motivos de mis acciones. De esta forma fui exiliado a una barbarie total en esta vida y en las que siguieron a ésta. Privado del recuerdo de todas mis brujerías y conocimientos acumulados.

JAIME RUIZ ORTIZ 

Desde el principio

Porque nacimos así
con pedazos de mar cayéndonos
con ríos de sed creciendo en la garganta
y retazos de aurora aullando en los cabellos

Alguien me dijo un día: «Serás hombre y
en tu espalda cargarás las alegrías
los dolores
los pecados del mundo»

«Dios en mí
ensayó todos sus pecados»
—he pensado

Y así se construyó el destino
un pedazo de sol bajo las conchas de los párpados

Para escribir

He de callar
quedarme quieto
solo desolado
sin decir nada ni siquiera nada
Hablarle en los oídos al silencio No morir

Recuerdo que recuerdo
he de escribirle estos versos a nadie

mi corazón un niño espantado
sangre gotas de dolor que no duelen
amor algo que tenía yo antes de irse
suspiros palomas mensajeras de balcón

Los ojos se me cayeron
solo quedaron dos lágrimas

Hay algunos que pintan uvas y manzanas

Nosotros

pintamos la nada

Búsqueda

Hay en nosotros otro nosotros
Un espejo que respira al mismo tiempo que este espejo

En el que somos
Fuimos
El que algún día no seremos

Alguien
Que suelte insomnios
Relámpagos de alcohol en tu cabeza

Y que a deshoras de la vida
Levante las hojas de tu sexo

Uno es lo que pasa

Uno en la vida pasa
buscando perlas entre vidrios rotos

Uno se pasa la vida
queriendo ser estrella piedra o ceniza
y acomoda en el nido de su pecho
alegres brasas que la soledad provoca

Uno busca perlas entre vidrios rotos
arco iris en mochilas de su infancia
pasiones
cuerpos donde sembrar nuestras batallas

Uno es esos dos frente al espejo
que nos devuelve por respuesta
a ese imbécil que somos

Uno apuesta a los dados con la muerte
y fuma tardes todavía encendidas
al igual que un día
de niño
echó a rodar el mundo
en el interior de las canicas

Uno es lo que pasa
mientras nosotros pensamos qué hacer en la vida

A los que nos dieron la luz

Gracias a quien nos dio la luz
y ojos para mirarla

A los seres que nos dieron la existencia

cuando extraños aún en la penumbra
abrieron las piernas a la carne ciega

Y tentando la felicidad
alcanzaron sus sueños con la punta de sus alas

Desconocidos seres que
preñados por su ausencia
reunieron la luz

Y espantaron sombras
y sombras que se asombran de su sombra

Benditos aquellos que nos dieron la luz
los pasos para andarla

SOBRE LOS AUTORES

Víctor Contreras (Teapa, Tabasco). Licenciado en Comunicación. Primer lugar en el II Concurso Regional de Literatura «Apasionata, literatura motelera contemporánea» con «Divagaciones ante una ventana de hotel». Participó en el Diplomado en Creación Literaria y Redacción Profesional por la Escuela de Escritores José Gorostiza.

Rebeca Díaz Suárez (Frontera, Centla, Tabasco). Obtuvo el Doctorado en Educación (CIPAC) con la temática de la lectura y los talleres literarios. Es maestra del taller literario Forjadores de Palabras, el cual publicó recientemente *Alegatos eróticos* (UJAT, 2019).

Bercy Domínguez (Cárdenas, Tabasco, 1985). Es autora de *Ecos literarios de Iberoamérica. Artículos, ensayos y reseñas* (Editorial Venablo/Ediciones Morbo, Ciudad de México, 2018) y de *Las otras Evas* (poesía, Universidad Autónoma de Campeche, 2018); coautora del volumen de cuentos *Voces de la ceiba* (2012) y coautora de *Sureñas* (Forcazs, 2018). Ganadora del Premio Nacional de Poesía de los Juegos Florales de la UAC (Campeche, 2016).

Hilario Feria Pérez. Es licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Premio Estatal de la Juventud Francisco J. Santamaría 1986. Autor de *Trozos de leña*. Aparece en dos antologías de narrativa: *Primero la Voz* (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2001) y *Lecturas Tabasqueñas*, (Instituto de Educación para Adultos de Tabasco, 2010).

Gladys Fuentes Milla (1955). Poeta y promotora cultural. Premio Regional Sureste de Poesía José Gorostiza y Premio Estatal de Poesía Tabasco. Su obra publicada consta de los títulos *Cuánto por la vieja pena*, *Para llenarme de silencio* y *Al viento tu pelo que huele a lima*.

Raúl Armando Hernández Glory. Profesor investigador y coordinador del Centro de Estudios y Desarrollo de las Artes de la UJAT. Autor de *Historias vulgares de artistas desterrados por el olvido* (2019); fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes de Tabasco en 2005.

Edmundo Juárez Cadena. Escritor y editor. Ganador del Premio de Poesía José Carlos Becerra 2002; accésit por finalista del Concurso Internacional de Poesía LAILA 2014, Nueva York, Estados Unidos de América; y primer Premio de Narrativa René Avilés Fabila 2016.

Lorenzo Morales «Malasangre» (Villahermosa, Tabasco, 1973). Es poeta y narrador. Fue becario del FECAT en los géneros de cuento y poesía; ha obtenido los premios José Carlos Becerra 2006 y el Premio Nacional de Poesía de Corpus Cristi 2008, en Veracruz.

Álex Moreno. Autor del poemario *Síntesis y rupturas* (IEC, 2014); en 2015 fue becario en el Festival Cultural Interfaz, en la ciudad de Mérida, Yucatán; en 2017 fue beneficiario del PECDA Tabasco con el poemario Silencio de pájaros.

Ruth Pérez Aguirre. FBecaria por el FECAT con el proyecto de la novela *La casa árabe*. Ha recibido los premios SELAE por *Trayectoria*, Milán, Italia, y el de la Academia Literaria de Ciudad de México. Desde 2011 creó Ediciones hturquesa Cartonera.

Mario Ramírez Córdova (Cárdenas, Tabasco, 1993). Egresado de la licenciatura en Idiomas por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y amante de la mitología nórdica. Escribió su primera obra titulada «Extrañas aventuras en Vaalbará o Los ciclos míticos de Nayn Ymanbtha».

Jaime Ruiz Ortiz. Licenciado en Comunicación por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT); es coautor de los libros *José Carlos Becerra. Los signos de la búsqueda* (Fondo Editorial Tierra Adentro-UJAT), y *Lo que diga el poeta, ensayos sobre Carlos Pellicer*.

CONTENIDO

VÍCTOR CONTRERAS 

Cuando la musa desmenuza tu alma 3

El abismo en mis tobillos 4

Quiero que me habites 5

REBECA DÍAZ SUÁREZ 

Vida plena 6

Jóker 6

Ojos mojados 7

Sombrío siglo XXI 8

BERCY DOMÍNGUEZ 

Como un tren 10

HILARIO FERIA 

Epifanía El Viejo 12

Cuando la amnesia de Cronos 15

Travesía 16

GLADYS FUENTES MILLA 

Seis 20

Veinticinco 21

Cuarenta y dos 22

Cuarenta y tres 23

Sesenta y nueve 25

RAÚL ARMANDO HERNÁNDEZ GLORY 

Perpetuidad *tour* 26

EDMUNDO JUÁREZ CADENA 

Jacinto 31

Una gota 32

Fue su amor 33
Sal lloró por 34

LORENZO MORALES «MALASANGRE» 

I 37

II 37

III 38

IV 39

ALEX MORENO 

Instantánea 41

La palabra en la roca 41

RUTH PÉREZ AGUIRRE 

La camisa 45

MARIO RAMÍREZ CÓRDOVA 

Tan negro como la tinta usada por un brujo 49

JAIME RUIZ ORTIZ 

Desde el principio 57

Para escribir 57

Búsqueda 58

Uno es lo que pasa 59

A los que nos dieron la luz 60

SOBRE LOS AUTORES 61



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernal
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Voces desde la casa. Antología de Literatura Contemporánea Tabasqueña, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Roboto. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.